

# Una reverenda dinamo

SARAH V. PLATT  
Especial para El Nuevo Día

Sentada en su escritorio, con cara maquillada, mahones, sandalias doradas y cuello clerical, Ana Rosa Méndez Colón deja ver que no es la típica religiosa. ¿Cómo entender a este personaje? Es reverenda, "presbítera", madre de tres, abuela de dos, estudiante universitaria, maestra, empresaria, trabajadora social, editora de textos religiosos y tantas cosas más.

Y ante todo, una Quijotesa, como se define ella misma, una líder ambiciosa y determinada que se entrega a la comunidad.

"Me gustaban los muchachos demasiado para ser monja", confiesa con sonrisa coqueta y ojos humildes. Fue durante su adolescencia cuando unas monjas observaron su potencial creativo y liderazgo y aconsejaron a su madre sacarla del ambiente hostil del barrio e internarla en el Hogar Ángeles Custodios, un centro educativo y espiritual para jóvenes.

Entró en el noviciado, hasta darse cuenta que la vida de celibato no era para ella. "Sentía que de esa manera estaba limitada"; confiesa.

Su madre, Dolores, una humilde costurera, es su heroína y gracias a ella estudió y aprendió a no vencerse ante ningún reto.

La religiosa se crió en una sociedad donde los roles se heredaban y una madre costurera, automáticamente significaba que la hija también lo fuera. Añadiendo a las dificultades, los recursos

eran limitados y también lo eran las oportunidades. Sin embargo, la joven luchó y venció los estereotipos que la rodeaban.

A una temprana edad entendió y aceptó que su propósito en la tierra era otro. Ana Rosa no quiso ser ni monja ni costurera, dos roles que la sociedad le había impuesto. Entendía que la ayuda a la comunidad era su misión, lo que le llenaba, pero no se conformó con hacer sólo esto, sino quiso seguir explorando.

Logró graduarse de cuarto año luego de salir del hogar de monjas y fue madre a los 18. Su embarazo inesperado no se puso en el camino de sus metas, ya que, a pesar de esto, decidió cursar estudios universitarios y consiguió una beca para entrar en la Universidad Interamericana, originalmente en Hato Rey.

Aquí estudió psicología, luego administración de empresas y finalmente educación, recibiendo reconocimientos en los tres campos.

Irónicamente Ana Rosa dice que ninguna de estas profesiones la llenaba y fue por esta razón que acudió a obtener una heterogeneidad en su educación y vida profesional y personal. Viéndose atada a problemas económicos, tuvo que abandonar la universidad durante su tercer año para trabajar y mantener a su hija. A pesar de todo recuerda sus años universitarios con gran alegría y orgullo.

Una vez durante una práctica de la facultad de Educación, le tocó instruir en la escuela Goyco en la calle Loíza. La paupérrima y descuidada institución con paredes sin pintar y niños con sueños, pero

sin recursos para alcanzarlos, la motivó a buscar una solución. Ana Rosa asumió la difícil tarea de organizar una obra de teatro en su universidad para recaudar fondos para la escolita. Ya que no contaba con un presupuesto, tuvo que ingenárselas. Para la iluminación del escenario utilizó latas de galletas con agujeros donde colocó bombillas. Para que se viera la luz de color, pegó plásticos de tonos brillantes a las latas. Su madre le ayudó cosiendo los vestuarios de los niños. Además, logró que le prestaran el teatro de la universidad sin costo alguno.

La obra finalmente se presentó, fue un éxito total y se logró recaudar el dinero necesario para reparar la escuela. "Fue en ese momento que me di cuenta que tenía capacidad de negociar", dice sonriendo.

La atracción que sentía hacia el negocio la llevó a cambiar su rumbo de vida y dedicar cuatro años a la gerencia del supermercado Pueblo en el Viejo San Juan.

Aquí demostró su potencial administrativo que la llevó a recibir el reconocimiento de "Mujer empresarial del año". Mientras trabajó en Pueblo, sus horas libres la invertía en ayudar a los deambulantes de La Perla. Su humildad no la permite clasificarse como héroe, aunque fue nominada al premio "Héroes de nuestros tiempos" y le dedicaron las Olimpiadas de la Ley y el Orden.

El talento polifacético de Ana Rosa brilla en cada labor que realiza. Ha luchado y ha asumido posiciones detrás y delante del trono y en ambos lugares ha sentido la misma satisfacción. Aún así lo que más

abunda en la oficina de la religiosa no son sus certificados ni sus placas, sino las tarjetas y notitas que le envían sus estudiantes y las personas a quienes ha ayudado.

El discurso de Ana Rosa es otra de sus peculiaridades. Es distinto a la mayoría de los religiosos. No se basa exclusivamente en Dios ni la Biblia. La religiosa prefiere enfocarse en el contacto humano, siendo consejera antes que todo. Habla de acción y oración. Orar es su manera de lidiar con la frustración, la rabia y el sentimiento de querer hacer más sin poder. Es su herramienta de fuerza para llenarse de coraje y determinación.

Con una cabellera rizada que le cubre casi toda la espalda, la Reve dice sentirse joven gracias a estar cercada de gente joven. Aunque sufre de algunas condiciones médicas como asma y una rodilla defectuosa, su mente y alma conservan un brillante espíritu juvenil. Ana Rosa tiene la habilidad de dirigir sermones y retiros espirituales, al igual que bailar reggaetón. Es su manera de acercarse a los adolescentes, entrar en sus mundos y por esta razón la buscan, la quieren. "La juventud se siente sola, abandonada. Necesitan mi fuerza", dice la Reve.

Sin embargo, no le ha resultado fácil lograr estos cambios. Le ha costado polemizar con las piedras en el camino. Ha sido rechazada y ha sufrido persecuciones de muchas personas que no la aceptan, la critican. Incluso, fue una fiel católica durante muchos años, pero al no sentirse "llena", se vio obligada a abandonar esta iglesia para integrarse a la

Estaba destinada a ser costurera o monja, pero esta rebelde de la fe se transformó en muchas otras cosas, -empresaria, trabajadora social, maestra, capellana-, en virtud del volcán de su energía



episcopal- "una más vanguardista y de mente amplia", según la Reve. "La mujer en la Iglesia Católica no tiene rol ni autoridad. Nos discrimina y nunca me aceptaría como sacerdote", señala.

Al integrarse a la Iglesia Episcopal, Ana Rosa fue recibida con brazos abiertos. Incluso, ya nombrada Capellana de Vivencia por el obispo episcopal monseñor David Álvarez, la convierte en una de las pocas "prebiteras" en la Isla.

Sentada en su escritorio dice que preferiría estar en la calle ayudando. Cree en la práctica, la acción y no el papeleo.

Ahora que dirige el Centro San Justo

en Trujillo Alto, uno de cinco centros en la isla que pertenece al Proyecto VIDAS (Vidas Integradas a Dios por Acción) de Servicios Sociales Episcopales, su labor va dirigida a atender niños de 2 a 4 años.

El centro acoge a toda clase de infantes, algunos con problemas físicos o de aprendizaje, otros que vienen de hogares destruidos o sufren de maltrato y otros más son lo que se les conoce como "típicos", en otras palabras que no sufren de estos problemas. Es tanta la demanda y los buenos resultados del centro que la lista de espera aumenta a diario.

Los principios de Ana Rosa y del centro promueven la integración, la estructura, la confianza, la disciplina y el amor. Con estos objetivos en mente velan por la alimentación, educación, salud física y emocional y el desarrollo íntegro de las criaturas a través de un constante monitoreo. Todas las mañanas, los pequeños son revisados físicamente para asegurarse que no sean víctimas de maltrato. En caso que sí sean, es la misma Reve quien se encarga de llevar el caso a las autoridades correspondientes, como si fuera trabajadora social.

En cuanto a las facilidades del centro, la

Reverenda espera mejorar y restaurar las filtraciones e instalar aire acondicionado y ventiladores en algunos de los salones.

Otra de las metas de la religiosa es terminar algo que nunca pudo hacer durante su adolescencia: su carrera universitaria. Actualmente es una estudiante nocturna en la Universidad Metropolitana donde sus hijas son sus compañeras de clase.

Pero al preguntársele su meta irrealizada que le gustaría cumplir, ella responde sin vacilar que atender su propia iglesia donde predicar, a través de su fuerza, la palabra de Dios.